

Qué se oye, qué se ve, qué se lee

Literatura anticatólica

Por FRANCISCO ALMAGRO

La Literatura Fuerte.

Distantes parecen los días en que la novela *¿QuoVadis?* (1896) de Henryk Sienkiewicz (1846-1916) se convirtiera en una de las preferidas de los lectores al nacer el siglo XX, no sólo por su trama, una historia de amor en tiempos de Nerón, sino por la honestidad, la sencillez y la capacidad de sacrificio del personaje femenino, consustancial a su cristianismo militante. Es lo que desarma y más tarde engancha en las redes del amor al patricio imperial: cómo ser tan coherente en un mundo, el romano, tan desordenado.

Habría que decir que Sienkiewicz, tal vez con toda intención, iba en sentido contrario a algunos importantes ensayistas de la época en cuanto al Cristianismo y al Catolicismo se refiere. El más relevante de ellos fue Friedrich Nietzsche (1844-1900) quién con *El Anticristo* (1888) casi cerraría un ciclo de su propia obra contra la Iglesia, la figura de Jesucristo y Dios. *El Anticristo* se ha considerado, por su valor argumental y factura estilística, entre los libros más importantes —y más leídos— de toda la historia de la literatura universal. Dotado de una pluma, y sobre todo de una cultura sólida —muy amigo del músico Richard Wagner— a ratos se olvida que Nietzsche puso a pensar al mundo católico con sus tesis. El filósofo, filólogo y poeta alemán, autor también de *Así habló Zaratrusta* (1883-1885), era un enemigo *respetable* del Catolicismo.

Antes de Nietzsche ya Carl Marx (1818-1883) había formulado una sólida ideología anticristiana basado en una concepción materialista del Mundo. Si Nietzsche nos dejó la famosa frase *Dios ha muerto*, Marx no fue menos con *las religiones son el opio de los pueblos*. Nietzsche era hijo de un pastor luterano; Marx venía de una familia judía practicante. Para completar este *trío de ases* anticristianos o *maestros de la sospecha* como también les llama Paul Ricoeur, habría que citar a Sigmund Freud (1856-1939), al igual que Marx, de ascendencia judía. Freud nos presentó un lado oscuro humano, el inconsciente, dónde según él podría escarbarse todo sin necesidad de acudir a Dios para explicarse nada.

El cuestionamiento de la figura histórica de Jesucristo, y de la Iglesia Católica, sus instituciones y dogmas, no surgieron en ese productivo siglo XIX. Podría hablarse de arte y literatura anticatólica desde la segunda mitad del primer milenio cristiano, pero la *duda juiciosa* sobre Dios alcanzó fuerza con la Ilustración, a tal punto, que resultaría imposible hablar del *Siglo de las Luces* sin referirse al fenómeno donde la *Diosa Razón* fue sustituyendo al Dios de la Fe.

Construir la Deconstrucción.

La literatura anticatólica se ofrece de modo explícito e implícito. Los géneros explícitos que niegan o ponen en duda las bases teológicas y filosóficas del cristianismo generalmente se dan a través del ensayo y las biografías. Los autores citados a modo de ejemplos, algunos otros de principios del Siglo

XX, negaban la historicidad o la divinidad de Jesús. Al partir de su no existencia o simple vida terrenal, especularían sobre los motivos de su invención por un pueblo como el judío, tradicionalmente religioso. Pero aún admitiendo que Jesús hubiera existido, cuestionaban la religión judía en sus bases —Jesucristo mismo resultaría incomprensible sin judaísmo—, y ello serviría, sin poderlo prever entonces, de justificación filosófica y moral para al antisemitismo cuyo resultado trágico posterior fue el exterminio selectivo de ese pueblo.

El género biográfico tuvo en el Siglo XIX muy buenos cultivadores. Unas veces apegados a lamentables sucesos de la vida de la Iglesia en la Edad Media y Alta, los biógrafos dejaron en la mente de los lectores la idea de papas y cardenales corruptos, de una Iglesia poderosa y como secta exclusivista, una feligresía hipócrita, y un mundo, el católico, aliado a las peores causas de la Humanidad. Con ese olfato que caracteriza a todo buen editor, el floreciente negocio del libro encontró en la vida de los pecadores católicos —mientras más públicos, mejor— una mina de oro.

Pero ha sido en la novela donde tradicionalmente los escritores han hallado las mejores posibilidades para desarrollar el anticatolicismo, por dos razones, al menos. Una, que la novela es un género flexible: permite combinar hechos reales con elementos de ficción, y siempre cabe la defensa, frente al mayor disparate, de que se trata de una *licencia* del autor para hacer *potable* el texto. Habría que añadir que la novela era y sigue siendo de los géneros más buscados por los lectores. Todavía hoy, pasada a imágenes televisivas y radiales, no tiene contrincantes en otros géneros.

La otra razón sería que para el ensayo o la poesía se necesitan autores especialmente dotados; en el primero, de conocimientos y juicios novedosos; en el segundo, de especial sensibilidad y el poder sintético para expresar imágenes en escasas palabras.

El novelista tiene en La Biblia una fuente inagotable de temas y estructuras expositivas. En el Libro Sagrado hay relatos de una altísima calidad narrativa y al decir de un famoso Premio Nobel de literatura, Los Evangelios son la historia mejor contada que haya conocido el hombre jamás. Por eso la mayoría de los grandes de las letras de todos los tiempos admiten sus deudas con los textos bíblicos: ningún libro enseña a escribir, pero La Biblia ha inspirado cómo hacerlo mejor.

La novela anticatólica posee ciertas particularidades en común con el ensayo y la biografía. Al igual que su *hermano mayor*, el ensayo, plantea una tesis, pero a diferencia de éste, resuelve con hechos y no con juicios. El *Gran Tema* del novelista raramente lo abandona durante su carrera: mucho tiene de experiencia vital. No por casualidad los mejores narradores anticatólicos han sido católicos en su infancia, catequistas, seminaristas y hasta sacerdotes. Pueden ubicar bien en escenarios y en épocas conflictivas las acciones y los personajes, estos últimos, dotados de las contrariedades habituales que a todo cristiano —¿a ellos mismos?— asaltan durante la vida. Es casi imposible escribir *bien* contra la Iglesia si no se ha pertenecido a ella; cuando se ha hecho así, resulta fácil advertir los remiendos de la improvisación.

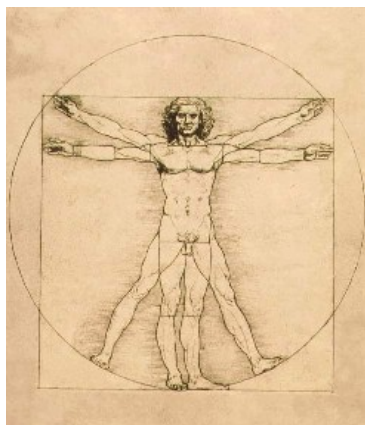
Como en el ensayo, los tópicos escogidos por la literatura anticatólica son los mismos de siempre: la historicidad de Jesús, su no divinidad, contraponer sus enseñanzas a las conductas de los primeros cristianos, las llamadas guerras religiosas, la vida *secreta* y *corrupta* de la Jerarquía Eclesial, incluyendo los órdenes, el complot entre religiosos y gobernantes, la vida dual de los cristianos, las dudas sobre los sacramentos y los dogmas católicos. Un verdadero catálogo de verdades y *medias verdades* —la peor de las mentiras— con dos mil años de historia que, en manos de buenos narradores, garantizarían apreciable público.

Salvo excepciones, la construcción narrativa ha seguido el clásico patrón de las novelas del XIX, de probada eficacia: lector *atrapado* en las primeras páginas, diálogos fluidos y frecuentes, descripciones con lenguaje claro, giros inesperados, párrafos y capítulos breves, historias redundantes, a veces en paralelo, entroncadas al núcleo narrativo que a modo de espiral aumentan el interés hasta la resolución

del conflicto en las paginas finales.

La Literatura Débil.

En los últimos años al menos tres novelas anticatólicas merecen destacarse, todas de diversa calidad en su hechura formal y planteamientos filosóficos. El punto de contacto puede ser, además de su secularizada visión del Mundo, que revelan, como en la filosofía de la postmodernidad, la presencia en las letras de ficción del llamado *pensamiento débil*: toda verdad es relativa, y está solo en la subjetividad de los hombres. Esa aparente *desideologización* cultural ha reencontrado en el anticatolicismo una de sus apoyaturas fundamentales.



La más famosa novela de los años 80 fue *El nombre de la rosa* (1981) de Umberto Eco. A pesar de algunas pifias históricas citadas por los eruditos, el afamado profesor de estética y semiótica logró, en su primera obra de ficción, un texto en cuatro niveles de conflicto: una trama policial, la histórica disparidad de criterios entre las ordenes religiosas y la jerarquía eclesial romana, el conflicto ético entre vida y fe católicas, y la Verdad como valor absoluto o relativo. El primero hizo que los campesinos y obreros italianos hicieran colas para adquirir la novela; lo segundo reavivó los debates al interior de las comunidades cristianas y las órdenes; el tercero desató amplias polémicas con la sociedad secular y el cuarto nivel de conflicto de esa rosa nombrable le hizo máxima expresión novelística del Relativismo que en Europa ya respiraban sus academias.

Por demás, Eco ordena los capítulos de forma atrayente, remedando los textos de la Edad Media Alta y los tradicionales tiempos en que discurre la vida monástica. El éxito del italiano estuvo en lograr lo que todo escritor añora: una obra polisémica, es decir, con varios y complicados significados y al mismo tiempo, leíble por todos.

José Saramago, diez años después, pondría a consideración de los lectores *El Evangelio según Jesucristo* (1991). A diferencia de Umberto Eco, el estilo de narrar de Saramago es muy peculiar, sin los habituales signos de puntuación, párrafos de varias páginas y desarrollos que en general demandan cultura para seguirlos con atención. Si Eco era tangencial y en ocasiones respetuoso de la historia, Saramago se proponía un ataque al corazón del cristianismo en la persona de Jesús. Esta novela no fue tan popular como *El nombre...*, pero para cierta intelectualidad de izquierda, agnóstica o francamente atea, se convirtió en un texto imprescindible. *El Evangelio...* es a ratos difícil e inconexo, y las primeras veinte o treinta páginas fascinan o aburren. Como ha sucedido con muchas de las obras del portugués Premio Nobel de literatura, tiene detractores y seguidores tenaces. Lo curioso es su momento de aparición: la caída de las utopías comunistas con las cuales el autor dice sentirse comprometido todavía. Libro intrincado en su estructura, sostiene al menos un punto de vista para debatir, como casi toda la producción literaria de Saramago.

El último *best-seller* anticatólico ha sido *El Código Da Vinci*, de Dan Brown (2004). El autor no es un reconocido académico como Eco, o un novelista innovador y polémico como Saramago. Su carrera literaria era poco más o menos desconocida antes de esta creación. Comparte con *El nombre...* la trama de suspenso, y con *El Evangelio...* su vocación anticatólica, pero la diferencia fundamental radica en que Brown no parece respetar no sólo a la historia sino al lector medianamente culto: *recicla* viejas tesis gnósticas enterradas por las evidencias históricas más recientes y se alinea con una corriente feminista actual cuya pretensión es *rescatar* el papel, supuestamente silenciado, de la mujer en el Cristianismo.

El alud de falsedades de *El Código...* se hace visible desde las primeras páginas, cuando hieren de muerte al erudito y aún le queda tiempo para dejar complejas pistas simbólicas detrás de los cuadros famosos y sobre su propio cuerpo. La novela, de fácil lectura: capítulos cortos, diálogos constantes,

descripciones y palabras sencillas, y un final previsible, provocan la sensación de haber sido escrita después de un breve curso para principiantes.

De los errores históricos, teológicos, filosóficos e incluso geográficos no merece la pena hablar pues ya se han encargado más de una docena de libros. Recordando a nuestro Alejo Carpentier, el autor de *El Siglo de las Luces*, —novela también lograda en varios niveles de complejidad—decía que lo primero para todo escritor debía ser respetarse a sí mismo para respetar al lector. El novelista cubano hacía planos, hurgaba en las bibliotecas y en su memoria prodigiosa, entrevistaba personajes reales y después de muchos años se sentaba a escribir.

El Código... no merecería unas líneas si no fuera por dos cosas. La primera es que se trata de un *suceso*, sin adjetivos. Una muestra de ello es que en muchas escuelas italianas los profesores están recomendando a sus pupilos la lectura de la novela para conocer la *verdad* sobre Jesucristo y la historia de la Iglesia. Hollywood no se ha quedado detrás: se cierran galerías de El Louvre para filmar —algo infrecuente— la película que tendrá al cotizado actor Tom Hanks como protagonista principal. Y para los turistas de todas las latitudes, las agencias de viajes tienen preparado un recorrido de *El Código da Vinci* en el París que siempre escapa a cualquier programa preconcebido. A los tradicionales ataques al *Opus Dei*, al colegio cardenalicio, al Papa, a los sacerdotes de reprobables conductas, se suma la confusión sobre la historia inmediata, aquella que convirtió en ruinas a Europa hace menos de sesenta años.

El *acontecimiento* de *El Código...* además de inscribirse en una línea anticatólica cada vez más agresiva por ser más sutil, menos frontal, nos habla de que valores sublimes como el arte y la ciencia se cotizan como cualquier otra mercancía. Desgraciadamente, como en su momento fueron *El nombre de la rosa* y *El Evangelio según Jesucristo*, y salvando las distancias, *El Código...* resume una época donde la capacidad crítica y la cultura de las masas parece ir cuesta abajo. Desde ese punto de vista, la novela se está convirtiendo es la *expresión ficcional* del New Age en el Mundo. Dan Brown, como su sucedáneo Paulo Coelho, ha sabido mezclar ácidos y aceites —incompatibles por Naturaleza— para dar en el clavo: vale lo que se vende. Vistas así las cosas, ahora cabría la frase del gran novelista ruso Fedor Dostoievski: *lo más odioso y vil que tiene el dinero, es que otorga talento.*